

Javier Marías

Mala índole

Cuentos aceptados y aceptables



«Dado lo poco que he frecuentado el noble arte del cuento en los últimos tiempos, es posible que ya no escriba más y que lo que aquí se ofrece acabe siendo la totalidad aceptada y aceptable de mi contribución al género». Javier Marías.

Mala índole reúne, así, casi todos los relatos escritos por Javier Marías, los que él considera «aceptados y aceptables» y el lector encontrará deslumbrantes.

Excelente puerta de entrada al universo Marías, *Mala índole* pone al alcance del lector, además de los que conformaron *Mientras ellas duermen* y *Cuando fui mortal*, varios cuentos hasta hoy inencontrables, entre los que destaca el que da título al libro, casi una novela corta sobre las divertidas y espeluznantes andanzas de un viejo conocido, Ruibérriz de Torres, durante el rodaje en México de una película con Elvis Presley. Además, médicos misteriosos, guardaespaldas, fantasmas, dobles, una aspirante a actriz porno, una mujer y un hombre asesinados por una lanza africana, un mayordomo neoyorquino encerrado en un ascensor, el adorador de una joven a la que filma sin cesar, una pareja mafiosa caída en desgracia, un asesino a sueldo que trata de disuadir a quienes quieren contratarlo... El mundo de los cuentos de Javier Marías es tan inquietante y cautivador que apenas permite apartar la vista de ellos, en un permanente estado de encantamiento y zozobra.

Uno de los mejores libros de 2012 según La Vanguardia

Nota previa a esta edición

Ha pasado mucho tiempo desde que publiqué mis dos únicos libros de cuentos, *Mientras ellas duermen* (1990, con una reedición ampliada en 2000) y *Cuando fui mortal* (1996). El suficiente para que quizá no esté de más reunir aquí sus relatos, con el añadido de los cuatro que, escritos con posterioridad a las fechas iniciales de esas colecciones, andaban hasta ahora perdidos en las hemerotecas —si es que alguien visita aún esos lugares— y en todo caso resultaban difíciles de encontrar para el lector aficionado o curioso. Y dado que en los últimos años he dedicado muy poca energía a los cuentos y no llevo visos de írsela a dedicar tampoco en el futuro cercano, el presente volumen es una buena oportunidad para recuperarlos, sin esperar —tal vez en vano— a reunir los bastantes «nuevos» para componer un tercer libro independiente. Debo decir, en mi leve descargo, que el que da título al conjunto, «Mala índole» —el más largo y acaso el más logrado—, hace mucho que algunos lectores impacientes me piden que lo vuelva a dar a la imprenta, sobre todo tras ver que en otras lenguas sí está disponible, publicado como librito autónomo, y que a él se hacía leve referencia en mi novela más reciente, *Los enamoramientos*. Que vuelva a existir en español —no voy a engañarles— es una de las principales razones para justificar esta recopilación.

Como se puede comprobar en el Índice, he distribuido mis cuentos bajo dos epígrafes: *Cuentos aceptados*, que incluye todos aquellos de los que aún no me avergüenzo, y *Cuentos aceptables*, con aquellos de los que sí me aver-

güenzo un poco pero no demasiado. Si he dado el visto bueno a estos últimos ha sido, en parte, para no ofrecer menos piezas de las que contenía la reedición de 2000 de *Mientras ellas duermen*, en la que figuraban todos ellos. Pero, al aparecer ahora agrupados, el lector lo tendrá más fácil si desea saltárselos. No perdería demasiado.

Los textos de los dos apartados suman treinta, y no son todos los que he escrito del género. De hecho, hay un tercer epígrafe que no aparece en el Índice puesto que las piezas correspondientes sí están excluidas, al ser *Cuentos inacceptables*. La mayoría de éstos son prehistóricos, es decir, escritos o publicados hacia 1968 o así, tres años antes de la aparición de mi primera novela, *Los dominios del lobo*. Sé los títulos de casi todos, mientras que el recuerdo de su contenido es muy difuso, por fortuna, y no pienso someterme al bochorno de releer los que conservo: «El viejo vasco-andaluz», con algún eco barojiano; «El loco de las lilas» y «La mirada», sin duda cursis hasta el sonrojo; «Los pies en la cara», influido (pioneramente en España, ya que es en efecto de 1968) por las canciones de Leonard Cohen que escuchaba a todas horas; «Gospel, el monstruo feliz», del que mi primo Ricardo Franco y yo sacamos luego el guión de su primer cortometraje como director, *Gospel*, que ganó un premio en un festival de cine. Y, si no me equivoco, tuve la debilidad de insertar una versión de este cuentecillo en *Los dominios del lobo*. También en esa época hubo uno muy breve sobre un enano homosexual corruptor, cuyo título se me escapa. Se lo dediqué y regalé a un amigo muy gay de aquel entonces —aunque más tarde sé que se casó y tuvo hijos—. Mi madre lo leyó por azar y se preocupó un poco, para mi diversión, pues en aquellos tiempos iba ya de novia en novia efímera, como correspondía a mi edad, y más bien penando por ellas, como también correspondía. En este apartado *inacceptable* se encuentra asimismo «Contumelias», que formó parte de mi libro *El monarca del tiempo* (1978) y que ya desde el título,

me temo —no he querido releerlo nunca—, era de una extrema pedantería. Es mejor, se lo aseguro, que ninguno de estos textos vea la luz de nuevo (los que la vieron no fueron todos).

Las precedencias de los veintiséis relatos ya incluidos en *Mientras ellas duermen* y *Cuando fui mortal*, así como —a veces— las circunstancias en que fueron escritos están detalladas en las respectivas *Notas previas* a esas colecciones, que por eso se reproducen a continuación sin variaciones. En lo referente a los cuatro restantes (que aquí se ofrecen revisados, o aun levemente ampliados), esta es su pequeña historia:

«Mala índole» apareció en *El País*, por entregas, los días 19, 20, 21, 22, 23 y 24 de agosto de 1996. En 1998 fue objeto de una edición limitada en Plaza y Janés, inencontrable desde hace ya bastantes años.

«Un sentido de camaradería» se publicó en *El País Semanal* el 2 de enero de 2000.

«Un inmenso favor» apareció en el suplemento *El Semanal* el 24 de septiembre de 2000.

Por último, «Caído en desgracia» fue escrito para ser leído en voz alta en italiano —o quizá fue con subtítulos— en la Basílica de Magencio, de Roma, el 22 de junio de 2005 (no sé bien por qué motivo), y en español vio la luz en *El País Semanal* el 21 de agosto del mismo año.

Nada es nunca seguro, pero, dado lo poco que he frecuentado el noble arte del cuento en los últimos tiempos, es posible que ya no escriba más y que lo que aquí se ofrece acabe siendo la totalidad aceptada y aceptable de mi contribución al género. Me caben escasas dudas de que, si así resultare, no perderá gran cosa dicho género.

J. M.
Abril de 2012

Nota previa a *Mientras ellas duermen*

De los diez relatos que componen este volumen, ocho se han publicado con anterioridad, a lo largo de un periodo de quince años y de manera lo bastante dispersa y a veces oscura como para que no esté de más su reunión o recopilación aquí bajo el título del inédito «Mientras ellas duermen». Tampoco está de más detallar brevemente cómo y cuándo se publicaron, sobre todo teniendo en cuenta que uno de ellos, «La canción de Lord Rendall», exige una explicación que lleva implícita la disculpa.

«La dimisión de Santiesteban» apareció en el volumen *Tres cuentos didácticos*, de Félix de Azúa, Javier Marías y Vicente Molina Foix (Editorial La Gaya Ciencia, Barcelona, 1975).

«El espejo del mártir» apareció en mi libro *El monarca del tiempo* (Ediciones Alfaguara, Madrid, 1978).

«Portento, maldición» apareció asimismo en *El monarca del tiempo* (Ediciones Alfaguara, Madrid, 1978).

«El viaje de Isaac» se publicó en la revista *Hiperión*, nº 1, «Los viajes». (Madrid, primavera de 1978).

«Gualta» apareció en el diario *El País* (Madrid y Barcelona, 25 y 26 de diciembre de 1986).

«La canción de Lord Rendall» se publicó en mi antología *Cuentos únicos* (Ediciones Siruela, Madrid, 1989) de forma apócrifa, es decir, atribuido al escritor inglés James Denham y supuestamente traducido por mí. Por ese motivo incluyo también aquí la nota biográfica que acompañó al cuento que fue de Denham, ya que alguno de los datos en

ella aportados forma parte, tácitamente, del propio relato, que de otro modo estaría incompleto.

«Una noche de amor» apareció en *El País Semanal* (Madrid y Barcelona, 13 de agosto de 1989).

«Un epigrama de lealtad» se publicó en *Revista de Occidente*, números 98-99 (Madrid, julio-agosto de 1989).

«Mientras ellas duermen» y «Lo que dijo el mayordomo», finalmente, se publican aquí por vez primera, y quizá por eso me permito recomendar al lector impaciente que empiece en orden inverso.

Estos diez relatos no son la totalidad de cuantos recuerdo haber escrito, pero sí la mayoría. Algunos me parece aconsejable que aún permanezcan dispersos o en la oscuridad.

J. M.

Enero de 1990

P. D. *Casi diez años después*

Aún suscribo esa última frase, y algunos de los cuentos que he escrito seguiré manteniéndolos dispersos o en la oscuridad. Pero a esta nueva edición de *Mientras ellas duermen* se incorporan dos de los proscritos entonces y otros dos posteriores, sumando en total catorce. Quizá no haya mucha justificación para ninguno de ellos, seguramente son sólo curiosidades impertinentes para impertinentes curiosos. En todo caso, no harán ningún mal (si acaso a mí). Del mismo modo que hace casi diez años me permití recomendar al lector que empezara con los cuentos de atrás adelante, ahora puedo asegurarle que —si no es curioso ni impertinente— poco perderá si se salta las cuatro nuevas incorporaciones, cuya historia o prehistoria es la siguiente:

«La vida y la muerte de Marcelino Iturriaga» se publicó en *El Noticiero Universal* (Barcelona, 19 de abril de 1968). Creo que es el primer texto mío que jamás fue a la imprenta, y fue sin que yo supiera de esa visita con anterioridad.

Tenía dieciséis años cuando apareció en aquel simpático diario vespertino barcelonés que ya no existe. Pero veo en el original a máquina que fue escrito el 21 de diciembre de 1965, es decir, cuando contaba sólo catorce años (espero benevolencia). Su mayor curiosidad radica en alguna semejanza con otro relato, quizá aquel del que menos descontento estoy, «Cuando fui mortal», de 1993, incluido en el volumen de ese mismo título.

«El fin de la nobleza nacional» apareció en la revista *Hiperión*, nº 2, «La carne». (Madrid, otoño de 1978).

«En la corte del rey Jorges» se publicó en la revista *El Europeo*, nº 31 (Madrid, abril de 1991). Más que un cuento, es una propuesta de culebrón, que me fue solicitada, como a otros cuatro autores, por el incansable y saltarín Enrique Murillo, si no recuerdo mal.

«Serán nostalgias», por último, se publicó en el libro colectivo *Las voces del espejo* (Publicaciones Espejo, México, 1998). Con la habitual premura que rodea a esta clase de proyectos, se me solicitó un cuento para ese volumen, que, ilustrado por dibujos de niños del Estado de Chiapas, los tendría a ellos como beneficiarios. Tan poco tiempo en verdad se me dio, que sólo acerté a conseguir una adaptación o variación sobre otro cuento ya escrito, «No más amores», de 1995, y asimismo incluido en el volumen *Cuando fui mortal* (Alfaguara, Madrid, 1996). «Serán nostalgias» es el mismo relato en esencia, pero el lugar de su acción y los personajes son mexicanos ahora, en vez de ingleses, y el fantasma que por él transita ya no es el de un joven rústico y sin nombre, sino el de un hombre hecho y derecho, y no anónimo desde luego. Disculpen su intrusión los lectores severos, y también las incorporadas bromas de esta nueva edición. No puedo evitar confiar en ello.

J. M.

Diciembre de 1999

Nota previa a *Cuando fui mortal*

De los doce cuentos que componen este volumen, creo que once fueron hechos por encargo. Esto quiere decir que en esos once no gocé de libertad absoluta, sobre todo en lo que se refirió a la extensión. Tres páginas por aquí, diez por allá, cuarenta y tantas por más allá, las peticiones son muy variadas y uno intenta complacer lo mejor que puede. Sé que en dos de ellos la limitación me fue inconveniente, y por ese motivo se presentan aquí ampliados, con el espacio y el ritmo que —una vez iniciados— les habrían hecho falta. En los demás, incluidos aquellos que cumplían con algún otro capricho ajeno, no tengo la sensación de que el encargo los condicionara apenas, al menos al cabo del tiempo y una vez acostumbrado a que sean como fueron. Uno puede escribir un artículo o un cuento porque se lo encomiendan (no así un libro entero, en mi caso); a veces se le propone hasta el tema, y nada de ello me parece grave si uno logra hacer suyo el proyecto y se divierte escribiéndolo. Es más, sólo concibo escribir algo si me divierto, y sólo puedo divertirme si me intereso. No hace falta añadir que ninguno de estos relatos habría sido escrito sin que yo me interesara por ellos. Y en contra de la cursilería purista que exige para ponerse a la máquina sensaciones tan grandiosas como la «necesidad» o la «pulsión» creadoras, siempre «espontáneas» o muy intensas, no está de más recordar que gran parte de la más sublime producción artística de todos los siglos —sobre todo en pintura y música— fue resultado de encargos o de estímulos aún más prosaicos y serviles.

Dadas las circunstancias, sin embargo, tampoco está de más detallar brevemente cómo y cuándo se publicaron por primera vez estos cuentos y comentar algunas de las imposiciones que acabaron asumiendo y ya les son tan consustanciales como cualquier otro elemento elegido. Se disponen en orden estrictamente cronológico de publicación, que no siempre coincidiría del todo con el de composición.

«El médico nocturno» apareció en la revista *Ronda Iberia* (Madrid, junio de 1991).

«La herencia italiana» se publicó en el suplemento *Los Libros*, del diario *El Sol* (Madrid, 6 de septiembre de 1991).

«En el viaje de novios» apareció en la revista *Balcón* (número especial «Frankfurt», Madrid, octubre de 1991). Este relato coincide en su situación principal y en muchos párrafos con unas cuantas páginas de mi novela *Corazón tan blanco* (1992, Alfaguara, Madrid, 1999). La escena en cuestión prosigue en dicha novela y aquí en cambio se interrumpe, dando lugar a una resolución distinta que es la que convierte el texto en eso, en un cuento. Es una muestra de cómo las mismas páginas pueden no ser las mismas, según enseñó Borges mejor que nadie en su pieza «Pierre Menard, autor de *El Quijote*».

«Prismáticos rotos» se publicó en la revista efímera *La Capital* (Madrid, julio de 1992), con la mayor errata que he sufrido en mi vida: no se imprimió mi primera página mecanoscrita, de modo que el cuento apareció incompleto y empezando brutalmente *in medias res*. Parece ser que, pese a todo, aguantó la mutilación. Se me había pedido que el relato fuera «madrileño». La verdad es que no sé muy bien lo que significa eso.

«Figuras inacabadas» vio la luz en *El País Semanal* (Madrid y Barcelona, 9 de agosto de 1992). En esta ocasión el encargo era sádico: en tan breve espacio debían aparecer cinco elementos, que, si mal no recuerdo, eran estos: el mar, una tormenta, un animal... He olvidado los otros dos, buena prueba de que están ya asumidos sin remisión.

«Domingo de carne» apareció en *El Correo Español-El Pueblo Vasco* y en el *Diario Vasco* (Bilbao y San Sebastián, 30 de agosto de 1992). En este brevísimo cuento había un requisito: que fuera veraniego, creo yo.

«Cuando fui mortal» se publicó en *El País Semanal* (Madrid y Barcelona, 8 de agosto de 1993).

«Todo mal vuelve» formó parte del libro *Cuentos europeos* (Editorial Anagrama, Barcelona, 1994). Creo que es lo más autobiográfico que he escrito en mi vida, como fácilmente comprobaría quien leyera además mi artículo «La muerte de Aliocha Coll», incluido en *Pasiones pasadas* (1991, Alfaguara, Madrid, 1999).

«Menos escrúpulos» apareció en el libro no venal *La condición humana* (FNAC, Madrid, 1994). Este es uno de los dos relatos ampliados para esta edición, en un quince por ciento aproximadamente.

«Sangre de lanza» se publicó en el diario *El País* por entregas (27, 28, 29, 30 y 31 de agosto y 1 de septiembre de 1995). El requisito para este relato fue que perteneciera más o menos al género policiaco o de intriga. Es el otro texto aquí ampliado, aproximadamente en un diez por ciento.

«En el tiempo indeciso» formó parte del libro *Cuentos de fútbol* (selección y prólogo de Jorge Valdano). (Alfaguara, Madrid, 1995). Aquí, obviamente, el requisito fue que el cuento tuviera eso, fútbol.

«No más amores», finalmente, se publica en esta colección por vez primera, si bien la historia que cuenta estaba contenida —comprimida— en mi artículo «Fantasmas leídos», de la recopilación *Literatura y fantasma* (Ediciones Siruela, Madrid, 1993). Allí se atribuía esta historia a un inexistente «Lord Rymer» —de hecho el nombre de un personaje secundario de mi novela *Todas las almas* (1989, Alfaguara, Madrid, 1998), un *warden* o director de *college* oxiense sumamente borracho—, supuesto experto e investigador de fantasmas reales, si es que estos dos vocablos no

se repelen. No me gustaba la idea de que este breve cuento quedara sepultado sólo en medio de un artículo y en forma casi embrionaria, de ahí su mayor desarrollo en esta pieza nueva. Tiene ecos conscientes, deliberados y reconocidos de una película y de otro relato: *The Ghost and Mrs Muir*, de Joseph L Mankiewicz, sobre la que escribí un artículo incluido en mi libro *Vida del fantasma* (El País-Aguilar, Madrid, 1995), y «Polly Morgan», de Alfred Edgar Coppard, que incluí en mi selección *Cuentos únicos* (Ediciones Siruela, 1989). Todo queda en casa, y no se trata de engañar a nadie: por eso el personaje principal de «No más amores» se llama Molly Morgan Muir y no otra cosa.

Estos doce cuentos son posteriores a los de mi otro volumen del género, *Mientras ellas duermen* (1990, Alfaguara, Madrid, 2000). Siguen quedando fuera algunos otros, escritos muy libremente y sin que mediara encargo: me parece aconsejable, sin embargo, que aún permanezcan en la oscuridad o dispersos.

J. M.
Noviembre de 1995

Cuentos aceptados

La dimisión de Santiesteban

*Para Juan Benet,
con quince años de retraso*

Tal vez por una de esas extravagancias a las que el azar no logra acostumbrarnos a pesar de su insistencia; o tal vez porque el destino, en un alarde de recelo y precaución, puso en duda durante algún tiempo las condiciones y atributos del nuevo profesor y se vio obligado a demorar su intervención para no correr el riesgo de luego quedar en entredicho; o tal vez, finalmente, porque en estas tierras meridionales hasta los más audaces e invulnerables desconfían de sus propias dotes de persuasión, lo cierto es que el joven Mr Lilburn no tuvo ocasión de comprobar si había algo de verdad en las singulares advertencias que su inmediato superior, Mr Bayo, y otros colegas le habían hecho a los pocos días de incorporarse al instituto hasta que el curso estuvo bien avanzado y él hubo tenido tiempo de olvidar o cuando menos de aplazar su posible significación. Pero en cualquier caso el joven Mr Lilburn pertenecía a esa clase de personas que antes o después, en el transcurso de sus hasta entonces poco agitadas vidas, ven sus carreras arruinadas y sus inquebrantables convicciones desbaratadas, rebatidas e incluso puestas en ridículo por algún suceso de las características del que ahora nos ocupa. De poco le habría valido, pues, no haberse quedado ninguna noche a cerrar el edificio.

Lilburn, que rebasaba en un año la treintena, no había tenido el menor reparo en aceptar el puesto que a través de Mr Bayo le había ofrecido el director del Instituto Británico de Madrid. Más bien, de hecho, había sentido cierto alivio y algo que se asemejaba mucho al discreto regocijo, incompleto y átono, que sólo son capaces de experimentar en tales situaciones los hombres que si bien nunca se atreverían ni a soñar siquiera con unas categorías que desde un principio han admitido que no les corresponden, siempre esperan, sin embargo, mejorar de posición como lo más natural del mundo. Y aunque su trabajo en el instituto, en sí, no representaba mejora alguna, ni económica ni social, con respecto a su posición anterior, el joven Mr Lilburn tuvo muy en cuenta al estampar su firma en el poco ortodoxo contrato que Mr Bayo le había presentado durante su estancia veraniega en Londres que, si bien nueve meses en el extranjero equivalían a una invitación al olvido de su persona y de sus aptitudes en el ámbito de su ciudad natal y la pérdida —por otra parte no del todo irremediable, suponía— de su puesto, cómodo pero excesivamente mediocre, del Politécnico del Norte de Londres, también sugerían la nada desdeñable posibilidad de entrar en contacto con personajes de más alto rango administrativo y, sobre todo, con los prestigiosos integrantes del cuerpo diplomático. Y las relaciones con, por ejemplo (¿y por qué no?), un embajador podrían serle de gran utilidad, por muy esporádicas y superficiales que fueran, en un futuro no necesariamente muy lejano. Así pues, a mediados de septiembre, y con la indiferencia característica del hombre moderadamente ambicioso, hizo sus preparativos, recomendó a un sustituto de saber más exiguo que el suyo para el puesto que dejaba vacante en el Politécnico y se presentó en Madrid dispuesto a trabajar de firme si era necesario, a ganarse la estima y la confianza de sus superiores por lo que ello le pudiera reportar en el porvenir y a no dejarse seducir por la flexibilidad del horario español.